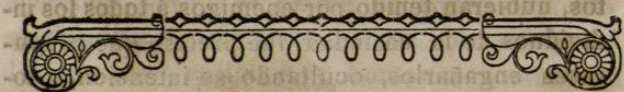


ochoa pero esto que en Madrid se tuvo, que
en el día vivo y de sobre mi conducta abelo
el testimonio de ciertos habian en Madrid
en aquella época desgraciada. Digo esto, para
que si alguno quisiere responder á lo que yo es-
criba, impugne el escrito; pero respete la perso-
na, y no venga, como el famoso Espectador,
con la cantinela del alcanforamiento.



los habian tenido en el siglo de los
cuyos principios se halla en el
mando por parte de los emperadores la reforma
de los abusos y el bien general de la comunidad
toda entera. Por este medio los reis muy fácil-
mente por auxilios y recursos de los reyes
á la multitud que habian en el mundo
por enemiga, si bien en el mundo habian
do que se proponian destruir. De vez en
que si por analogia quisieramos dar el nombre de
jacobinos á todos los individuos, que
cubiertos con la máscara del celo han excitado
fomentado y sostenido revoluciones intestinas

DISCURSO PRELIMINAR.

Origen, progresos, decadencia, renacimiento y estado actual
del jacobinismo en las naciones civilizadas del antiguo
y nuevo mundo.

El jacobinismo, tomada esta voz en una acep-
cion genérica, es casi tan antiguo como las socie-
dades humanas. Apenas salieron éstas de su in-
fancia, y los hombres, satisfechas sus primeras
necesidades, pudieron estender la esfera de sus
deseos, debió necesariamente haber algunos que,
ó mas ambiciosos ó mas atrevidos que los de-
mas, aspirasen á apoderarse del mando para sa-
tisfacer mas desahogadamente sus pasiones y
gozar de mayores comodidades que los otros
ciudadanos. Y como al punto que hubiesen ma-
nifestado paladinamente sus verdaderos proyec-

tos, hubieran tenido por enemigos á todos los individuos de la sociedad, fué preciso que procurasen engañarlos, ocultando su intencion, y tomando por pretexto de sus empresas la reforma de los abusos y el bien general de la comunidad toda entera. Por este medio les fué muy fácil tener por auxiliadora y cómplice de sus crímenes á la multitud que infaliblemente hubieran tenido por enemiga, si abiertamente hubieran anunciado que se proponian tiranizarla. Se ve, pues, que si por analogía quisiésemos dar el nombre de jacobinos á todos los hombres turbulentos, que cubiertos con la máscara del celo han escitado, fomentado y sostenido revoluciones intestinas para aumentar su poder y sus riquezas; tan jacobinos fueron Catilina y Clodio en el siglo de Ciceron, como Robespierre y Babœuf en el llamado de las luces. Fácil sería en efecto demostrar parte por parte la gran semejanza ó casi identidad que hay entre los regeneradores de las modernas monarquías, y los que tambien se propusieron en su tiempo regenerar las repúblicas antiguas. Mas no siendo estos últimos los que en el dia han de turbar las sociedades, sino los individuos de la secta que con tanto empeño y teson está trabajando para trastornar el orden establecido en todas las naciones civilizadas del globo; individuos á los cuales se dá el nombre de jacobinos, porque los primeros corifeos de la revolucion francesa celebraban sus juntas en el convento de los dominicos de París, llamados en francés *les jacobins*, como si dijésemos, los san-

tiaguinos, porque el patron de aquel convento era Santiago; dejáremos en paz las cenizas de los jacobinos antiguos, y limitaremos nuestras indagaciones á los jacobinos modernos, que son los temibles, y los que nos importa conocer. Pero para descubrir su origen, es necesario subir algo mas arriba, é indicar sumariamente las causas que prepararon y produjeron la espantosa revolucion que tantos males ha causado á la generacion actual.

Sabido es que las naciones septentrionales de Europa, al estenderse por todo el Occidente y Mediodia de esta region hácia mediados del siglo IV de la era vulgar, no solo trastornaron su sistema político destruyendo el imperio de los Césares, y erigiendo sobre sus ruinas varias monarquías feudales; sino que al mismo tiempo derramaron la ignorancia y la barbarie por aquellos mismos paises en que las ciencias y las artes habian florecido durante la dominacion romana.

Consta igualmente que pasados los horrores de la conquista, consolidados los nuevos gobiernos, suavizadas las costumbres de los invasores, incorporados éstos con los antiguos habitantes, y habiendo abrazado la religion cristiana, ya casi universal en Europa al tiempo de la invasion, los eclesiásticos, únicos depositarios y conservadores de los tristes restos de la antigua literatura, fueron difundiendo alguna luz en las otras clases del Estado, aunque con la lentitud que era consiguiente á la continua agitacion con que se vivia en aquellos siglos turbulentos y guerreros.

Sábese también que esta luz, tan escasa todavía en los siglos que mediaron entre el V y el X inclusive, se acrecentó notablemente desde el XI hasta mitad del XV, tanto por la actividad y movimiento de vida que dieron á la Europa las Cruzadas, y los útiles efectos que tuvieron estas expediciones bélico-religiosas, como por el establecimiento de las universidades, la fundación de nuevas órdenes regulares, la reunión de varios estados pequeños en poderosas monarquías, los progresos de la industria y el comercio, la frecuente celebración de concilios, la mayor comunicacion de unos pueblos con otros, la galantería caballeresca, el gran cisma de Occidente, y otras mil causas subalternas que sería prolijo enumerar.

Es notorio finalmente que en la última mitad del siglo XV, la llegada á Italia de los griegos escapados de Constantinopla, los viajes y descubrimientos marítimos, y sobre todo el feliz descubrimiento de la imprenta, convirtieron la antorcha del saber, que ya brillaba, en una hoguera inmensa que estendió su luz y su calor benéfico por toda la Europa cristiana, parte de Asia, y hasta los confines de un mundo hasta entonces desconocido.

Impresos, vulgarizados y multiplicados á millares los preciosos restos de la antigua sabiduría que el tiempo no había devorado; publicadas á porfía nuevas y nuevas obras sobre todos los ramos de los conocimientos humanos; escitada la

curiosidad de todos los que no vivían ocupados de continuo en los labores de manos; reconstruido en cuanto era posible el antiguo edificio de las ciencias, era natural, consiguiente y necesario que el hombre, al salir del profundo letargo en que había yacido tanto tiempo, comparase bajo todos aspectos su estado actual con el que había tenido en siglos más ilustrados.

Empezando por la religion, como el asunto más importante, se vió que la primitiva disciplina de la Iglesia había sido variada en puntos muy capitales; que en todos los ramos de la administracion eclesiástica se habían introducido abusos más ó menos deplorables; que la conducta del clero era por lo general relajada; que las costumbres de los fieles estaban muy distantes de la primitiva pureza y austeridad; que con las prácticas y ceremonias verdaderamente piadosas se habían mezclado groseras y absurdas supersticiones; que las rentas y riquezas de los ministros del altar, ó eran exorbitantes, ó estaban mal repartidas; que la debilidad de los príncipes y la ignorancia de los tiempos habían permitido y facilitado á la curia romana adquirir una prepotencia temporal que no le fuera transmitida por los apóstoles; y que en suma, la Esposa del Cordero no estaba ya vestida con la augusta sencillez que en los primeros siglos, sino que estaba sobrecargada de atavíos mundanos, que algún tanto ocultaban y desfiguraban la gentileza y gallardía de sus formas primitivas.

Pasando de la religion al gobierno civil, se vió

tambien que reeompuestas las monarquías europeas despues de la primera devastacion con materiales heterogéneos, no presentaban la regularidad y sencillez que el hombre apetece y busca como por instinto en todas las obras de sus manos; que el poder de los reyes estaba, no contrapesado, sino comprimido y funestamente coartado por el de una aristocracia orgullosa; que el pueblo ó estado llano vivia en general tiranizado por los llamados señores; que repartida entre éstos y el monarca la administracion de justicia, no era la imparcialidad la que ordinariamente presidia en los tribunales, ni los jueces tenian la independenciam necesaria para ser justos; que los códigos legislativos eran una mezcla indigesta é incoherente de antiguos y nuevos estatutos, modificados por usos y costumbres no siempre racionales y conformes con la equidad; que las clases industriosas y útiles del Estado, soportando solas las cargas públicas, eran miradas con desprecio y tratadas con dureza por las ociosas é improductivas; que las contribuciones no eran repartidas con igualdad, ni las rentas del Estado administradas con economía; y en una palabra, que en la parte civil habia tambien abusos no menos chocantes y lastimosos que en la administracion eclesiástica.

Todo esto se vió, y no pudo menos de verse luego que se corrió el velo que ocultaba las deformidades del cuerpo social, mirado bajo todos sus aspectos. Y si los hombres supieran contenerse siempre dentro de los limites que prescri-

be la prudencia, y es de su interes no traspasar, no hubiera habido mal alguno en que se hubiesen conocido y manifestado los males para poner el oportuno remedio. Pero el daño estuvo en que los sabios que observaron los síntomas de la enfermedad, no se limitaron á darlos á conocer á los únicos que podian curarlo radicalmente, ó á lo menos modificar su accion y contener sus estragos, sino que quisieron erijirse y se erijeron ellos mismos en médicos, sin tener ni el tacto, ni el fin, ni la habilidad que se requerian para tan delicada y arriesgada curacion, ni lo que es mas, la autorizacion necesaria para emprenderla. De aquí nació en lo eclesiástico la atrevida, escesiva é ilegal reforma de Lutero, que tantos y tales trastornos ocasionó en Europa por espacio de siglo y medio. En la parte civil hubo tambien empíricos y proyectistas de reformas; pero como los príncipes tenian á su disposicion la fuerza armada para comprimir cualquier movimiento sedicioso que se hubiese manifestado, solo en los paises en que se introdujeron y adoptaron las novedades religiosas hubo aquellas alteraciones que eran consiguientes á los principios de los novadores, cuya reforma aunque esencialmente eclesiástica, no podia menos de influir en la parte civil enlazada con la disciplina de la nueva comunión.

Renacidas ya las letras, facilitada la instruccion por medio de la imprenta, aumentada prodigiosa y rápidamente la luz, y puesta la Europa

culta en el camino de las reformas, era casi inevitable que dado ya el impulso, el nuevo orden de cosas, ayudado y favorecido de innumerables concausas, trajese por fin una época de innovaciones y de conflagracion universal; y esta época es por desgracia la que hemos alcanzado los nacidos en la última mitad del siglo XVIII. En efecto, el cisma de Inglaterra, las guerras de religion, las acaloradas disputas entre protestantes y católicos, las no menos encarnizadas entre molinistas y jansenistas, las discusiones escolásticas sobre la gracia y los auxilios, la famosa duda de Descártes, los adelantamientos hechos en las ciencias exactas y naturales, la revolucion de Inglaterra, la libertad de conciencia y de imprenta establecidas en los países protestantes, la escuela de Port-Royal, la erudicion de dos siglos, la literatura misma del de Luis XIV, la estension del comercio por todo el orbe conocido, los viajes, la fundacion de inmensas colonias en América, las conquistas de los portugueses, holandeses, españoles é ingleses en el Asia, y otra infinidad de circunstancias menos importantes, habian conducido en el siglo XVIII á las naciones civilizadas de Europa, y á sus mismas colonias en las otras partes del mundo, á tal punto de ilustracion, que era imposible que el hombre instruido se contentase con vegetar pasivo sobre la superficie del globo, creyendo sin exámen lo que habian creído sus ignorantes antepasados. Atrevido y presuntuoso por su naturaleza el entendimiento humano, y envanecido con su saber,

que en varios ramos es ciertamente prodigioso, tuvo la osadía de citar ante su tribunal al mundo entero para examinar los títulos de todo lo que habian becho y creído las anteriores generaciones; y fallando casi siempre con demasiada ligereza, se arrojó á condenar cuanto no le pareció conforme con los principios de su limitada razon. Usos, costumbres, leyes, instituciones civiles, religiones, doctrinas, ciencias, artes, prácticas, tradiciones, historias, el cielo, la tierra, lo visible, lo invisible, y hasta la misma Divinidad, todo fué llamado á juicio ante el falible pero inexorable juez del entendimiento del hombre, y condenado ó absuelto, las mas veces con precipitacion y por las mas débiles pruebas. Tal ha sido el espíritu de exámen y duda que ha caracterizado al siglo XVIII, y esta indagacion universal, atrevida, precipitada, caprichosa y emprendedora, es la que se llama su filosofía; filosofía que favorecida de las circunstancias trajo la revolucion de las colonias inglesas, y muy en breve la francesa, con toda la comitiva de guerras, trastornos, calamidades, desórdenes, turbulencias y rebeliones, cuyos efectos estamos llorando todavía, y cuyo recuerdo no se borrará tan pronto de la memoria de las generaciones futuras. Dejando, pues, la revolucion americana, que no nos toca tan de cerca, limitémonos á examinar en la francesa lo que esencialmente constituye su jacobinismo, y véamos por qué vicisitudes ha llegado éste á estenderse y ramificarse por todo el mundo civilizado.

Omnia mala exempla ex bonis initiis orta sunt, dijo profundamente Salustio; esto es, que no hay abuso que no haya sido cohonestado en su principio con plausibles y valederas razones. Es innegable que al estallar la revolucion habia en Francia males muy reales que remediar; y que si los estados generales convocados por el rey se hubieran limitado á hacer presente la desgraciada situacion de algunas clases de la sociedad y el mal estado de algunos ramos de la administracion pública, á pedir las reformas que fuesen practicables, y á indicar los medios de verificarlas sin convulsiones, trastornos, injusticias y tropelías, habrian hecho un servicio muy señalado al monarca y á la nacion. Pero el mal estuvo, en que no contentos con reformas prudentes, parciales, graduadas, progresivas y emanadas de la autoridad legítima, se arrojaron á derribar el antiguo edificio social y á reconstruir por su mano otro de nueva planta fundado sobre abstractas, absurdas é impracticables teorías: y hé aquí la esencia del jacobinismo. Este consiste en hacer por manos de unos pocos reforma, ó injustas, ó no necesarias, ó impracticables; y aun cuando sean lícitas, convenientes y posibles, en hacer de una vez, con violencia y por una faccion, lo que debia ser obra del tiempo, de la persuasion y de la autoridad soberana. Mas como este es el punto capital, á cuya ilustracion se dirige esta obra, y sobre el cual conviene fijar las ideas con la mayor precision, evitando vagas declamaciones

que pudieran conducir á muy equivocadas consecuencias, me detendré á señalar y determinar con ejemplos tomados de la revolucion francesa, la línea que separa el jacobinismo de la ilustrada accion del gobierno que promueve la felicidad pública; línea que tambien servirá para distinguir el funesto filosofismo de la verdadera y saludable filosofia.

Supongamos que los estados generales se hubiesen limitado á lo que era de su competencia, es decir, á presentar al rey un plan de reforma para que el gobierno le fuese planteando por partes, insensiblemente y sin perjuicio de tercero: ¿qué debieron hacer? Lo siguiente.

Materias eclesiásticas. Concedamos que en Francia habia demasiados religiosos de ambos sexos y eclesiásticos seculares; que las rentas de unos y otros estaban tan desigualmente repartidas, que mientras los útiles y virtuosos párrocos vivian en la indigencia, nadaban en la abundancia muchos inútiles y viciosos beneficiados; que la demarcacion de las antiguas diócesis habia llegado por las vicisitudes de los tiempos á ser incómoda y desigual; que la amortizacion eclesiástica y el excesivo número de dias festivos perjudicaba á la industria y á la reproduccion de la riqueza pública, &c., &c.: ¿que debió pedirse y proponerse al rey? Que S. M., poniéndose de acuerdo con el Papa, á quien en la presente disciplina corresponde el conocimiento de estas materias, y obteniendo de él la competente autori-

zacion, ya por medio de un concordato, ya por bulas sueltas, fuese gradualmente reformando lo que exigiese reforma, sin atropellar los legítimos derechos de los individuos y corporaciones. Con hacer una nueva circunscripcion de diócesis para ir la estableciendo segun vacasen las sillas; con suspender la provision de beneficios no curados y la celebracion de órdenes hasta que el clero secular quedase reducido al número que exigiesen las necesidades de los fieles; con mandar que no se diesen hábitos hasta que el número de conventos y de individuos fuese el que se calculase necesario; con obligar á todas las manos muertas á vender sus fincas dentro de un plazo, que debia ser bastante largo para que no se disminuyese su valor; imponiendo sobre el erario público los capitales que resultasen, pagándoles puntualmente un justo interes, y repartiendo estas rentas con respectiva igualdad entre el clero secular y regular; con suprimir los dias festivos de entre semana, menos los de algunas célebres solemnidades, &c., &c.; la reforma eclesiástica hubiera quedado hecha al cabo de algunos años, sin que nadie hubiese tenido de qué murmurar, ni motivo racional para quejarse; y esta reforma juiciosa y gradual, hecha por las potestades legítimas, hubiera sido justificada por la sana política y bendecida por la verdadera filosofía. Pero ¿se hizo así? Todo lo contrario. La asamblea constituyente por sí y ante sí, sin contar con el Papa, y contra la voluntad del rey, en un dia, de un solo golpe, y

con violacion de los derechos mas sagrados; suprime las órdenes regulares; pone en la calle á todos los religiosos de ambos sexos, despoja al clero secular y regular y á las mismas iglesias de todos los bienes adquiridos y poseidos durante muchos siglos bajo la proteccion de las leyes; suprime al mismo tiempo los diezmos; y con ofrecer á los despojados una pension que no les seria pagada, reduce á la mendicidad y á la desesperacion á cuatrocientos mil individuos del Estado. Hé aquí, pues, no la sana política, sino el jacobinismo (en efecto, del club de los jacobinos salieron estas y las demas providencias revolucionarias); y hé aquí la obra no de la dulce filosofía, sino del feroz filosofismo. No hablo de la constitucion civil del clero, de los insultos al Papa, del juramento cívico, y de tantos otros absurdos y atentados como se cometieron en las providencias legislativas de la asamblea relativas a los negocios eclesiásticos. Seria nunca acabar y me distraeria demasiado del objeto principal de este discurso. Por lo mismo omitiré tambien otros ejemplos que me habia propuesto citar relativos al gobierno civil; lo dicho basta para que se vea cuán poco se parece el jacobinismo á la conducta racional de una política ilustrada, y cuánto dista el filosofismo de los prudentes consejos de la filosofía. Continuemos la historia.

Los primeros pasos de los jacobinos de Francia dados bajo la asamblea constituyente, ó por mejor decir, los ensayos del jacobinismo en la

cuna, manifestaron por una parte lo que seria capaz de emprender aquel monstruo cuando se hubiese robustecido con la edad; y por otra tuvieron el resultado que debia esperarse de tan imprudente y descabellada conducta. Empobrecido el clero, vilipendiado y herido en lo mas delicado que tiene el hombre, que es la conciencia: la nobleza no solo despojada de sus antiguos privilegios, entre los cuales habia algunos puramente honoríficos que no debieron abolirse, sino estinguida, calumniada, perseguida, y lo que es mas sensible al hombre de honor, escarnecida de todas las maneras posibles: el rey cautivo, insultado, hecho el ludibrio de la vil canalla, y obligado á ceñir sus augustas sienes con el ensangrentado gorro de los jacobinos: su heroica esposa, la hija de María Teresa, tratada como la mas infame prostituta: las personas de todos los principes del mundo envueltas en la proscripcion y amenazadas sus vidas por cruzadas de asesinos públicamente organizadas: el nombre mismo de rey denunciado á la execracion universal, como el mayor de los crímenes: un código anárquico y subversivo de todas las sociedades ofrecido á los demas pueblos como el modelo ideal de la perfeccion legislativa: los principios mas absurdos y falsos erijidos en dogmas irrecusables: en suma, abierto en el centro de Europa un volcan que podia tragarse los tronos, las dinastías y las instituciones de todo el orbe, conocieron el peligro los soberanos de Europa; y autorizados por la primera y mas sa-

grada de las leyes, que es la de la propia conservacion, acudieron armados á contener el torrente devastador que amenazaba acabar con la civilizacion del mundo, á vengar los ultrajes hechos á la dignidad de sus coronas, á salvar al cautivo monarca, y á sostener el partido de la lealtad y del honor, que aunque menor numéricamente, se componia de la parte sana y verdaderamente ilustrada de la misma nacion francesa. Por desgracia el partido de Caton fué vencido como en Farsalia: la victoria no coronó la causa de la justicia: el trono de S. Luis fué derribado, la sangre de su inocente nieto corrió por el mismo patíbulo en que expian sus delitos los mas infames criminales, despues que en una larga prision hubo apurado el cáliz de la amargura: su familia todo fué envuelta en su desgracia: su tierna esposa y su virtuosa hermana perecieron tambien en el cadalso: su hijo idolatrado fué asesinado lentamente con un género de muerte de que no hay ejemplo en los fastos de la barbarie, y su valerosa hija tuvo que pasar por la humillacion de ser cangeada por cuatro de los asesinos de su padre, cuando su alma estaba ya como insensible á fuerza de padecer.

Estamos ya en la época del triunfo del jacobinismo; en aquella época de horror, durante la cual pareció por algun tiempo que el cielo se habia olvidado de la tierra, y que la especie humana se habia convertido en una raza de tigres. No me detendré á trazar el cuadro espantoso de la Francia en aquellos dias de lágrimas, por no des-

pedazar el corazón de mis lectores, y herir con demasiada viveza su delicada sensibilidad. Baste decir que la historia de los pueblos mas bárbaros y salvajes no presenta en la serie de cuarenta siglos tantos y tan horrorosos crímenes, tantas y tan espantosas atrocidades como se cometieron en la culta Francia en el corto espacio de quince meses, á nombre de la filosofía.

Cansada en fin la Providencia de tolerar á los monstruos autores de tantas calamidades, permitió que ellos mismos se devorasen unos á otros; y cesando de perseguir á la inocencia y á la virtud, convirtiesen su rabia contra los cómplices é instrumentos de sus delitos. Murió Robespierre en la misma guillotina en que habia hecho derramar tanta sangre ilustre y virtuosa: murieron otros corifeos de la secta; y esta mutua persecucion de los verdugos permitió á las víctimas que poco á poco fuesen recobrando, si no su antiguo poder, á lo menos el suficiente para traer un nuevo orden de cosas, en el cual si no desapareció del todo el jacobinismo, decayó notablemente y fué lícito respirar. Quedando, sin embargo, todavía al frente de los negocios muchos de los revolucionarios, y obstinándose en realizar los sueños del pedantismo filosofante, arreglaron, ó mas bien ensayaron una forma de gobierno que bien pronto probó con su debilidad y mala administracion lo falso de las teorías abstractas en que se fundaba; y la Francia gobernada por los filosofastros, hubiera sido invadida, subyugada, y acaso hecha pedazos si no la hubiera

salvado Bonaparte restableciendo la monarquía, primero disfrazada en consulado, y luego abierta y solemnemente proclamada en su título de emperador. Bonaparte fué ambicioso é injusto invasor, cometió crímenes, y como hijo de la revolucion, fué tambien jacobino á su manera; pero la historia y la posteridad le harán la justicia de reconocer que él fué el que comprimió con mano fuerte el monstruo del jacobinismo popular; el que reedificó los altares y reparó las ruinas de su patria, y el primero que procuró extinguir el volcan de las revoluciones. Es menester ser justos: si en Europa hay todavía tronos, y en Francia una religion pública y protegida, á él se le debe; y su reinado fué la época en que por algun tiempo pudo creerse que el jacobinismo y el filosofismo habian acabado su carrera, corta á la verdad, pero regada con tanta sangre. A lo menos no se atrevieron á mostrarse en público, y fueron á ocultar su derrota y su vergüenza en las tenebrosas reuniones secretas, de donde pronto debian renacer como el fénix de sus cenizas. Esta última época de su renacimiento abraza los nueve años corridos desde la primera caída de Bonaparte, y encierra varias particularidades que es importante notar, y en que no sé yo si los gobiernos han puesto toda la atencion necesaria. Procuraré indicarlas con claridad y distincion. En primer lugar, el mismo Bonaparte, que tanto aborrecia el jacobinismo exaltado, contribuyó sin querer á propagar en toda Europa un